

Carlos Ares

Los días contados  
años de Menem

  
**HomoSapiens**  
EDICIONES

editorial  
**(tea)**

## NOTA

Durante algo más de cinco años, o si se prefiere durante doscientas cincuenta semanas, Carlos Ares, en su condición de director del semanario *La Maga*, escribió en la contratapa de ese medio columnas de opinión. Cuando iniciamos la relectura de estos escritos era evidente que el autor había contado-narrado sus días y los nuestros. Días argentinos y años de Menem. El tiempo, ese clarividente, hizo el resto. Con su poderosa paciencia amasó esos materiales, les quitó la urgencia de lo periodístico y puso en relieve la fuerza interpelativa de estas columnas de cuarenta y ocho líneas de largo por sesenta espacios de ancho. Por eso es que las que finalmente se recopilan en este libro son las que arman un fresco de la Argentina. El lector bien podría imaginarse, precisamente, frente a uno de los murales de José Clemente Orozco o Diego Rivera, caminando de espaldas a la obra, retirándose para ver mejor el conjunto. Y luego, en operación contraria, acercarse para observar cada detalle de ese enorme universo donde está no sólo la cultura menemista sino también quienes la padecieron y quienes la disfrutaron. Aléjese y acérquese, estamos seguros que usted está en algún rincón...o en primer plano. El resultado de verse allí es una experiencia única.

Nuestro reconocimiento a Hugo Dante Bevacqua, quien se encargó de hacer un censo de los personajes que viven en estos textos hasta lograr una suerte de pequeña enciclopedia de imperdible consulta.

LOS EDITORES

## PRÓLOGO

### LA REALIDAD EN EL ESPEJO

Oswaldo Soriano me lo dijo allá por fines de los setenta cuando me vino a visitar a Berlín, durante el largo exilio: «Carlos Ares es el periodista argentino que tiene la mejor prosa». A partir de ese momento leía siempre lo que venía firmado por él. Y ahora esto, ver todas sus notas reunidas en un libro e ir gozando de su lenguaje, su ironía siempre positiva aunque a veces rompa todos los cristales. Una sabiduría subyacente omnipresente.

Después de haber leído unas tres o cuatro columnas de él se origina imparable la pregunta: ¿quién aguijoneaba así, de la misma manera, al lector desde las columnas del periódico? Claro, Roberto Arlt, surge espontánea la respuesta. Aunque Arlt tiene menos Discépolo, es más sardónico, trágico, mordaz, triste, europeo. Ares es más porteño o argentino, más incisivo, menos decadente y trágico, más sano y creyente del porvenir.

Las aguafuertes arltianas parecían inspiradas en los grabados típicos de George Grosz o de Otto Dix que anunciaban en Weimar el preludio del ocaso. Con razón y arte. Con sarcasmo y profundo dolor. Ares refresca todo eso con reflejos de pantalla de computadora y de cajas negras de Lapa.

En Arlt hay desesperación por el engaño, en Ares no hay reproche por la falta de salida. porque es maestro sin varita, un racionalista nada fanático pero sin concesiones. Arlt se enreda genialmente en sus propios sueños negados, Ares no se enreda en ningún momento, enfrenta sin temor a quienes entran e pedirle documentos.

Veamos si exagero: leamos el «¡cuánta soledad, María!» y en un párrafo apenas tendremos la fórmula actual que nos define en nuestro alelamiento y nuestra debilidad consentida: «Pero algo, alguien, antes o después nos viola, nos destroza la cara a golpes, nos arranca los pelos, nos deja tirados cada noche, inermes, mirando el cielo hasta que se enciende la tele y hay algo para comer. Algo o alguien que primero asesina, luego encubre, luego investiga, luego transmite por televisión y en la sobremesa nos adormece con la sensación

de que más no se puede hacer, que así son las cosas, que tarde o temprano, que de algún modo, que tal vez, los asesinos pagarán, porque hay justicia y hay periodistas y eso se ve en la tele». Qué más ¡qué compendio! No falta ni sobra ninguna palabra. La tele en este momento está pasando los rostros de Kohan, de Corach, de Nosiglia. Nosotros miramos, «cuánta soledad, María». En tu ayuda Menem manda a Patti.

Pero el estilo de Ares nos alerta que no somos país ni de tragedia griega, ni ambiente para Chéjov o Dostoievski. Nuestros parámetros son Neustadt, Mariano y Mauro Viale (con sombras sospechadas de Videla y Massera) pero una línea media para todo uso con Gardel, Perón y Maradona. ¡Epa! No, no me voy a pasar, lo dejamos ahí.

Patti es el ejemplo más puro, más refinado. Bussi es algo falso, espeso, exagerado, la sangre le sale hasta por la nariz, se caga en los briches. Rico es el más bruto, de ahí su chance en un país de ciegos pero piolas.

No nos quedemos ahí. El lector va a poder recorrer todo el itinerario desde el barrio a la Rosada, desde Ezeiza a Miami, de villa Tacho al Eurodólar. Toda la fauna. Pero no en el lloro ni en el luto. No, con toda la claridad de un hombre alerta, que no se deja engañar ni se deja callar ni se calla. (A Ares hay que sacarlo más por la calle Florida, mostrarlo, hacerlo hablar en manifestaciones de estudiantes, de madres, de jubilados, de poetas plenos, de intelectuales a quienes les falta ese empujón).

Porque Ares estuvo cuando se cantaba «Qué lindo/qué lindo va a ser/el Hospital de niños/en el Sheraton Hotel» y hoy ese recuerdo no lo cambia con una conversación sobre fútbol. No transa. Con él no hay ni obediencia debida ni felices pascuas. Y no se olvida, por eso su desgarrado grito: «¿Dónde estuvieron mientras tanto los hombres? ¿Dónde la CGT, los jerarcas de la iglesia, de la policía, de las Fuerzas Armadas, los dueños de los diarios, radios y canales de televisión, los empresarios, los banqueros, los políticos? Estaban ahí, como siempre, en el poder, transando: poniendo un juez, sacando a otro, tramando un pacto, negociando un cargo, firmando el punto final, inyectándose colágeno, retocándose el peinado, pintándose los labios. ¿Y dónde están ahora? Ahí, todavía. Cavallo, Alemann,

Alsogaray, Quarrachino, Ogñenovich, Corach, Kohan, la CGT, Cavalieri, Barrionuevo, Pedraza, todos, ahí, transando. Transando nuestra forma de vida. Haciéndola aún más injusta.» Aquí el idioma no es metáfora, son los puñetazos en la mesa, de pura indignación, rabia, de quien ve que la injusticia avanza y nos ensucia a todos, en especial a los más débiles porque no les deja alternativa y se conforman en el sometimiento. Y va anotando en el gran friso argentino: del negrito que se mete a robar por un agujero del alambre tejido del country a Maggie Bertolini que se desmaya al verlo creyendo que es una rata o un murciélago. La Argentina de hoy: un país con ratas y murciélagos y jardines con rejas más un pasado diabólico y un presente mafioso con jubilados hambrientos y carpas docentes, pero Puerto Madero: «Las preocupaciones que se hacían lugar en la mesa, entre botellas de vinos finos tintos y blancos, de champagne brut, restos de helado y de torta de avellanas y de chocolate con ciruelas de mousse de limón con rodajas de kiwi y cafecitos humeantes, eran de orden diverso: un poco de política, algo de economía, un toque de corrupción, cierto desgrave impositivo, información general, policiales, marcas de auto, viajes, el precio de los peajes, de los pasajes de avión, de los hoteles, de los centros de esquí, cine y televisión, ¿viste? ¿vieron? Cena de matrimonios a base de mariscos con música brasileña de fondo y las luces de la calle tiritando abajo, lejos, detrás de los ventanales. Todo bien adentro, al abrigo de los vinos, del brut, del cafecito, de las bromas, el tono amable, de la urbanidad, de la buena educación, de lo bien que nos llevamos casi sin conocernos». Pero el peligro siempre constante de adivinar en la nuca a los negros y los murciélagos. Nuestro eterno incestuoso vivir con la maldita policía, un sentimiento ya concupiscente. Detalle tras detalle, Ares se toma el tiempo, nos describe perniciosamente, la Argentina de hoy. «¿Vieron che esa gente que come gatos en Rosario?» Ah, en Rosario, pero Rosario siempre fue así.

Lo que se empeña en describir Ares es nuestro cambalache piola, sonriente, que se da el lujo de aggiornarse permanentemente en e-mail. Aunque a veces se desgarrar y busca salidas: «Miraba por la ventanilla la sucesión de countries y villas miserias y de barrios cerrados y shoppings y de cárceles y se preguntaba cuántos, todavía, cuántos quedarían de tipos como él. Un ciudadano de fines del siglo XX

que había sido conquistado por el discurso dominante y decidió un día aliviarse de toda ideología, de todo pasado, de todo reclamo, de toda culpa y olvidó y pidió perdón y dijo : «algo habrán hecho» y retornó a misa y se vistió de marcas desde las zapatillas hasta la frente y compró en cuotas y se anotó en un gimnasio y trató de jugar al tenis y al golf y salió los fines de semana a pasear entre las góndolas del Carrefour y se compró una computadora y navegó por Internet y pagó con tarjetas las cenas de Puerto Madero y dio propina y limosna. En eso pensaba, cada día, mirando por la ventanilla el paisaje de una ciudad que se había reciclado en bunkers, casamatas y trincheras ante sus ojos». La ciudad que llevará para siempre la impronta del brigadier Cacciatore. Luche y vuelve. La ciudad y los días. («No sos el Rosedal, ni el Obelisco, ni la fuente de una plaza, ni siquiera un árbol que merezca ser regado o meado por los perros cazavotos. Sos un sobrante de persona, un cacho de ciudadano, un resto humano, un sobreviviente seco, caído del árbol, que será barrido de la fastuosa Buenos Aires del 2000, la capital olímpica, la París de Sudamérica, el orgullo nacional, el mayor centro de concentración de riqueza del país en el menor espacio posible, más bien al norte y para el lado del río. La reconstrucción empezó por afuera porque era necesario lavar las manchas de sangre y de mierda de un pasado que nadie quiere recordar.»)

Bueno, basta, porque sino voy a seguir metiéndome en el libro como maestro Ciruela y no lo voy a dejar más. Es que me siento en la salsa argentina. Mirada en el espejo, Carlos Ares es el espejo que nos va reflejando. La vida es bella. A la argentina. Todos los días al levantarme leo una página de este libro. Y paro. Es el mejor ejercicio para respirar hondo. Ya no hay tangos para cantar.

Gracias, Carlos Ares. Hay que tener talento para saber decir las cosas y no guardarse nada por las dudas. En este libro se puede comprobar cómo somos y por qué no vamos a la Plaza de Mayo los jueves a las 15:30.

*Oswaldo Bayer*